

## A manera de conclusión

El título de este trabajo puede dar pie a dos interpretaciones opuestas, aunque ambas se encuentran relacionadas con el estatuto del saber histórico. La noción de retorno significa, en un caso, que la metáfora como elemento marginado en el desarrollo moderno de la historia regresa al lugar del cual fue expulsada. Como forma extraña a la labor cognitiva, la metáfora representó para esta interpretación un elemento que obstaculizaba el ascenso del saber histórico al nivel de cientificidad que caracterizaba a las ciencias empíricas. Junto con la narración, la metáfora presentaba cualidades que no podían ser coincidentes con la labor de producción de conocimientos objetivos sobre el pasado. La sospecha de que la metáfora era anticientífica se sustentaba en el hecho de que ella transportaba valores morales y contenidos emotivos que inhibían la neutralidad exigida por la explicación científica. Este transporte afectaba los dos planos del saber histórico, es decir, la lógica de la investigación y las representaciones historiográficas.

En cuanto a la lógica de la investigación, la metáfora sólo podía ser tolerada si se constreñía su papel al proceso de descubrimiento y en un marco interpretativo sumamente limitado. El proceso de descubrimiento alude a la instancia heurística donde los valores del investigador juegan un papel en la selección de los problemas; éstos serán explicados, posteriormente, por medio de teorías y de su comprobación empírica. Estos valores, transportados por la metáfora y la interpretación, son por tanto de naturaleza extracientífica.<sup>1</sup> El peligro era su expansión hacia el marco de justificación metódica del proceso de investigación y su posterior validación, pues tal proceso debía ser puesto en marcha siempre y cuando se garantizaran criterios neutrales orientados de manera científica. Pero si se introducían los valores

<sup>1</sup> “Los neopositivistas hubieran estado dispuestos a admitir de buen grado que los valores del investigador juegan un papel en la selección de los problemas. Su tesis atañedora a neutralidad valorativa solamente tiene por objeto excluir del proceso de construcción de la teoría y del proceso de comprobación los juicios de valor (extracientíficos). Thomas McCarthy, *La teoría crítica de Jürgen Habermas*, 4a. edición, traducción de Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Tecnos, 1998, 480 p., p. 174.

transportados por la metáfora y por la interpretación los criterios se contaminaban de manera subjetiva, y en esto consistía el peligro de acientificidad que acarrearba.

El riesgo en el plano discursivo era de diferente naturaleza. Aquí se necesitaba enmarcar los enunciados científicos en dos tipos de actividad que finalmente se combinaban: la verificación empírica de todo enunciado y su constitución lógico-conceptual. Se entiende los términos de la combinación pues sólo los enunciados lógico-conceptuales son susceptibles de comprobación empírica. La metáfora no sólo ponía en riesgo tanto a uno como al otro, sino que alterando la consistencia lógica de los enunciados terminaba por incapacitar al proceso de verificación. Los enunciados metafóricos no pueden ser expresados de manera silogística ni aceptan verificación alguna, pues dada la ambigüedad involucrada se rompe con la literalidad como única forma expresiva de carácter científico. De ahí la necesidad de expulsar del trabajo de los historiadores a esa figura arcaica que pertenecía, más bien, a formas de pensamiento confuso que la ciencia debía dejar tras de sí.

La vía adecuada para alcanzar la marginación de la metáfora consistía en justificar al saber histórico desde los marcos de la filosofía de la ciencia. Planteando de manera epistemológica el proceso metódico de investigación y la comprobación empírica de los enunciados explicativos se salvaguardaba al conocimiento histórico de todo riesgo de contaminación subjetivista. El presupuesto básico que subyace a este esfuerzo es el que la metáfora no presenta carácter cognitivo alguno y su introducción fuerza un trabajo interpretativo igualmente ajeno a la univocidad científica. Un planteamiento como éste, y que he intentado mostrar como un modelo general epistemológico aplicado a la historia desde el siglo XIX, ha permitido pensar y justificar la exclusión tajante de la metáfora. Pero si se habla de retorno, ello significa que tal cosa sucede a contrapelo del carácter científico de la disciplina. Un efecto de negación de la historia como ciencia viene a ser expresión del retorno de la metáfora.

Quiere decir que el trabajo de salvaguarda de las formas y los contenidos cognitivos no ha tenido resultados efectivos, puesto que ahora se reconoce que el riesgo de subjetivación y la introducción de valores extracientíficos transportados corroyen efectivamente la base disciplinaria de la historia. El acercamiento al campo de lo estético y lo moral que la historia sufre con ello es inversamente proporcional a su alejamiento del campo científico. Pareciera que el elemento que posibilitaría salir nuevamente hacia el encuentro con la ciencia depende

de retomar y profundizar la labor de su fundamentación por las vías teóricas tradicionales. Con más epistemología es posible remediar el vacío cognitivo que resulta de tal retorno. Esta interpretación no es la que ha guiado mi interés respecto del tema. Un defecto evidente que acarrea esta postura es el siguiente: es una interpretación ahistórica de un proceso que es necesariamente histórico.

Los conceptos que involucra, tales como epistemología, disciplina histórica, teoría, etcétera, son tomados como si fueran instancias de definición neutrales dados sus contenidos fijos y constantes. La noción de epistemología es un ejemplo de la afirmación anterior. En el horizonte de la filosofía moderna desde Descartes, la noción alude a un marco de referencia permanente para los procesos de producción cognitiva sobre el mundo. En tanto que permite acceder a los fundamentos del conocimiento en general, por encima incluso de las particularidades que gobiernan a cada ciencia, muestra un cariz esencialista que sólo se perderá cuando la filosofía transite hacia otros marcos de pensamiento.<sup>2</sup> Precisamente, la filosofía contemporánea en sus diversas acepciones, como analítica, hermenéutica, postestructuralista, etcétera, se ve obligada a trabajar sobre sus conceptos de manera histórica, puesto que sus contenidos vienen a expresar la situación en la que la reflexión filosófica se encuentra.

Sin embargo, es notorio que hasta la segunda mitad del siglo XX la historia aceptó acríticamente el hecho de que su descripción como ciencia debía darse desde esa noción ahistórica de epistemología. Una implicación de lo anterior se localiza en la pretendida instauración de un polo trascendente, que igual que en las ciencias empíricas, en la historia expresa el bloqueo de elementos extraños al trabajo científico. De tal modo que el sujeto cognitivo, el historiador, y su situación trascendente respecto del mundo histórico se convirtieron en postulados centrales de la definición epistemológica de la historia.<sup>3</sup> La garantía trascendente se localizaba además en la esfera teórica de fundamentación y operaba de la misma manera que en el caso del su-

<sup>2</sup> Aludiendo a las obras de Wittgenstein, Dewey y Heidegger, Rorty formula la siguiente apreciación: "Todos ellos nos recuerdan que las investigaciones de los fundamentos del conocimiento o de la moralidad o del lenguaje o de la sociedad quizá no sean más que una apologética, un intento de eternizar un determinado juego lingüístico, práctica social o autoimagen contemporáneos." Richard Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, traducción de Jesús Fernández Zulaica, Madrid, Cátedra, 1983, 356 p., p. 18.

<sup>3</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 2, n. 4, 1995, p. 245-261, p. 247.

jeto de conocimiento: la teoría de la historia, al traducir las elaboraciones de la filosofía de la ciencia a la particularidad del saber histórico, tenía rango apriorístico respecto de la esfera de la experiencia histórica y sólo por eso normaba toda aprehensión de tal experiencia.

De este entramado teórico se deducía la consistencia operativa de la investigación, esto es, la lógica general de la ciencia debía gobernar a la lógica de investigación. De ahí que teóricamente se instaure un modelo epistémico para la historia que define de antemano el lugar de la operación y la consistencia objetiva de las representaciones. Asigna la preponderancia metódica de la investigación en términos de producción de enunciados fácticos, al tiempo que la historiografía cubría sólo el rango de validación, mostrándolos al final como enunciados comprobados empíricamente. Este modelo combina trascendentalismo con empirismo, el primero en el ámbito de fundamentación y en el estatuto cognitivo del sujeto historiador, el segundo, dado como prescripción para una captación objetiva de los hechos. Por otro lado, la segunda interpretación que soporta el título del trabajo, la que he finalmente desarrollado, parte del siguiente postulado: la metáfora fue desalojada no tanto de la ciencia histórica sino de la forma de pensamiento que intentó justificarla epistemológicamente.

Debido a la fuerza del marco normativo de fundamentación, la disciplina histórica oscureció el papel que la metáfora jugaba desde antaño en su forma operativa y en su sustrato discursivo. El cambio histórico que afectó a la epistemología permitió no sólo que la metáfora saliera a la luz, sino que, analizando su papel en los procesos cognitivos, se posibilita una nueva modalidad de autodescripción del conjunto disciplinario. Esta autodescripción puede ser entendida como trabajo de fundamentación. O para decirlo de mejor manera, se entiende desde la segunda forma interpretativa que fundamentar a la ciencia histórica consiste en autodescribir sus formas operativas (lógica de investigación) y sus procesos escriturísticos (representaciones) de manera histórica. Así, para la primera forma la oposición ciencia/metáfora actúa como soporte de una descripción disciplinaria fuertemente normativa, mientras en la segunda la equiparación de la metáfora al trabajo científico deja de lado el aspecto normativo para dedicarse a valorar cómo trabajan efectivamente los historiadores.

Siguiendo a De Certeau, el sentido general de tal trabajo tiene como punto culminante el asumir que la historia, y siempre en un "medio profesional", consiste en un conjunto de reglas y procedimientos

“sociales comunes” que se enlazan con un “discurso producido”.<sup>4</sup> Esta visión coincide con la de Kuhn cuando afirma que la ciencia refiere al espacio social de un grupo que comparte criterios sobre el trabajo científico y sus resultados. Así, el retorno de la metáfora a nuestro horizonte de pensamiento muestra su valor en términos de ejercicio de fundamentación del saber histórico. Si anteriormente los criterios que presumiblemente dotaban a la historia de cientificidad eran de naturaleza neutral y apriorística, como autodescripción tales criterios sólo pueden ser criterios asumidos desde el conjunto disciplinario y respetados por las comunidades de historiadores. He seguido de cerca las dos tradiciones filosóficas que, rompiendo con el marco epistemológico, terminan coincidiendo en un énfasis historicista respecto del problema del conocimiento humano.

Estas dos tradiciones son la filosofía analítica y la hermenéutica filosófica y ambas introducen un tipo de reflexión que rompe con los términos de la neutralidad valorativa como condición de todo conocimiento objetivo. Desde una perspectiva pragmática sostienen que son los contextos sociales y culturales y sus formas comunicativas los que determinan las representaciones construidas por las ciencias. El que desde finales del siglo XX se pase a un nuevo marco de pensamiento es expresión de un cambio histórico profundo que ha afectado a las sociedades contemporáneas.<sup>5</sup> Y uno de sus efectos más notorios ha consistido en transformar los modos por los cuales se piensa la naturaleza y el papel del conocimiento científico. Este proceso indujo a que el núcleo de creencias aceptadas fuera cuestionado; su pérdida de evidencia afectó seriamente a la reflexión epistemológica de fundamentación y, por ende, al modelo general aplicado a la historia.

El ideal de historia que fue delimitado desde ese modelo es en la actualidad una referencia superada por otras formas de fundamentación. Pero existe una precisión importante que hay que agregar: este proceso no consiste en sustituir un ideal que revela insuficiencias por otro ideal más afinado y con mayores atributos teóricos. No hay for-

<sup>4</sup> Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis: entre ciencia y ficción*, traducción de Alfonso Mendiola, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1995, 160 p. (El Oficio de la Historia), p. 60.

<sup>5</sup> “Si la fundamentación decimonónica dejó de ser una creencia sustentada no se debe a la genialidad de ningún sujeto colectivo o individual; nada que tenga que ver con la genialidad, sino a que la autodescripción de la sociedad cambió a mediados de nuestro siglo. Y la autodescripción o autoobservación de la sociedad cambió principal, pero no únicamente, debido a la extensión y radicalización de los medios de comunicación.” Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, “De la historia a la historiografía”, *op. cit.*, p. 253.

ma ya de plantear en términos epistemológicos otro ideal de historia, aunque no sabemos si en el futuro se puede realizar. Esto significa que se ha presentado una ruptura radical con la filosofía de la ciencia clásica. Sin embargo, el lugar que ocupaba anteriormente esta forma de pensamiento ha sido cubierto por una variedad reflexiva que regionaliza los *status* cognitivos de las ciencias. Si bien desaparece la epistemología como núcleo de creencias compartidas, emergen epistemologías regionales que buscan fundamentar a las ciencias desde los núcleos de creencias compartidas en cada matriz disciplinaria. Por eso fundamentar al saber histórico supone una forma reflexiva que se atiene a describir los procesos que tienen lugar al nivel de la base disciplinaria; esto es, no desde un ideal previo al que se tienen que dirigir los historiadores si quieren que la historia sea ciencia, sino desde lo que ya es la disciplina.

Esto implica que la labor de fundamentación no es producto de una teoría general pura que después se aplica a cada saber particular, pues es ahora una cuestión de práctica social. Y lo que ya es la historia es una comunidad profesional que emerge gracias a un proceso agudo de diferenciación que tiene lugar en las sociedades modernas, un grupo definido claramente por una atribución y cuyos miembros comparten formas comunicativas en el interior del grupo y criterios para emitir juicios “relativos a asuntos profesionales”.<sup>6</sup> Autodescribir reflexivamente la epistemología de la historia es, por tanto, atributo de la historiografía y se dirige hacia la matriz disciplinar que la conforma. Se entiende que la pérdida de relevancia de la teoría de la historia ha dado pie a la expansión de atribuciones de la historiografía. No ha dejado su papel originario de validación aunque esto se recupera ahora al nivel de los modelos operativos, pero al mismo tiempo la autodescripción disciplinaria se eleva como su objeto central de estudio.

El proceso de fabricación de representaciones sobre el pasado se especifica desde los componentes o elementos que integran y vuelven operativo al núcleo de creencias compartidas. He recurrido al aporte de Kuhn al respecto, distinguiendo por lo menos tres componentes de la matriz para el caso de la historia: generalizaciones simbólicas, modelos operativos y paradigmas. Estos tres componentes permiten especificar la lógica de la investigación histórica ya que van

<sup>6</sup> Thomas S. Kuhn, *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, traducción de Roberto Helier, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 380 p., p. 319.

desde la instancia de afirmaciones generales no falseables, a la interpretación empírica de éstas al nivel de los modelos y, finalmente, a la delimitación de los criterios de relevancia que permiten formular problemas historiográficos y resolverlos. Se encuentra en este nivel una diferencia sustancial con otras formas disciplinarias. A diferencia de otras matrices que especifican formas de validación por medio de la falseación de enunciados, la historia introduce un proceso de validación que se dirige a la falseación de modelos no históricos a partir de su contrastación documental. De ahí que su función adquiera relevancia porque lleva a cabo una crítica histórica de los modelos de racionalidad del presente.

Ése parece ser el objetivo de su lógica de investigación y no la producción de conocimientos objetivos sobre el pasado. Esto es lo que De Certeau llama las desviaciones del modelo. En su trabajo el historiador debe construir objetos de investigación, unidades de comprensión y aplicarlos a una base documental previamente ordenada. Pero los modelos los recibe ya creados desde otras disciplinas, por lo que debe traducirlos o adecuarlos a esos objetos, a sus unidades de comprensión y a la base documental. La operación historiográfica tiene en la aplicación de modelos historizados y en su falseación sus pautas centrales. El objetivo consiste en medir la aplicabilidad de los modelos para hacer resaltar sus diferencias, es decir, lo que queda fuera del modelo; identificando las diferencias se posibilita su tratamiento posteriormente en términos metódicos.<sup>7</sup> Esta diferencia revela una cuestión importante: la lógica de la investigación debe potenciar los procesos de la matriz disciplinar en cada uno de sus componentes pero a partir de los elementos aportados por la propia matriz. Lo anterior se conoce desde las teorías sistémicas contemporáneas como *cierre operativo*.

En otras palabras, produce las condiciones por las cuales se continúa la comunicación dentro del grupo y se afianzan los criterios para emitir juicios profesionales: es un efecto de recursividad y en la que la metáfora tiene un papel central como proceso global. Se puede caracterizar a este proceso como autorreferencial. He mantenido la idea de proceso metafórico más que la de metáfora como figura de lenguaje, asumiendo que su función consiste en la de traslado o migración de un campo al otro, en este caso, de un componente de la matriz a otro (función de interacción). Para explicarlo acudí a la distinción entre

<sup>7</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. edición revisada, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993, 334 p. (El Oficio de la Historia), p. 90-91.

metafórica, metáfora sintética y campo semántico, distinción que desarrollé a partir del proyecto metaforológico de Hans Blumenberg. Metafórica constituye un campo de experiencia histórica que es sintetizado de manera figurativa y por tanto es la instancia precientífica y preconceptual de la matriz.<sup>8</sup> Sintetiza en una metáfora pautas de interpretación y orientaciones prácticas que se derivan de los mundos de la vida, de modo que eleva lo puramente intuitivo al nivel de una experiencia mediada lingüísticamente.

La metáfora sintética se ofrece como generalización simbólica y de ella se derivan analógicamente campos semánticos como sistemas conceptuales. Al desarrollar tematizaciones conceptuales de la metáfora sintética, los campos semánticos se identifican con el segundo componente de la matriz, esto es, los modelos operativos que son interpretados de forma empírica. Si consideramos que los modelos presentan consistencia conceptual y que se siguen hacia delante, hacia los ejemplos estándar, entonces el proceso de interacción metafórica alcanza a las teorías historiográficas que se movilizan paradigmáticamente. Lo anterior no significa que el sistema conceptual que tiene cabida en la base disciplinaria de la historia sea reducible a metáfora, puesto que su validez es propiamente científica.

Los criterios que dan validez a la interacción metafórica se desprenden de los diferentes niveles operativos. Así, el campo semántico que cristaliza en modelos es validado en términos metódicos por medio de su falseación, es decir, midiendo su aplicabilidad empírica a una base documental y sus efectos de desviación. De ahí que la falseación metódica sólo tenga lugar, propiamente, en el espacio del paradigma. La función de interacción expresa la historicidad en el campo práctico de la ciencia histórica, pues señala cómo los sistemas conceptuales se encuentran conectados hacia atrás, según Blumenberg, con las esferas de la experiencia entendidas como regímenes de historicidad. Se entiende por historicidad lo que para Gumbrecht es el modo en que los sistemas sociales se relacionan con el pasado. En esto consiste la naturaleza histórica de la disciplina y no tanto su referencia objetiva a los acontecimientos del pasado por medios cognitivos.

El carácter de inconceptualidad del que habló Blumenberg sólo está presente en la metafórica y en la generalización simbólica (metáfora sintética), dado que la expresión lingüística de la temporalidad,

<sup>8</sup> Hans Blumenberg, "Aproximaciones a una teoría de la inconceptualidad", *Las realidades en que vivimos*, introducción de Valeriano Bozal, traducción de Pedro Madrigal, Barcelona, Paidós, 1999, 174 p., p. 98.



en un caso, y la síntesis figurativa de esta expresión, en el otro, no buscan ni pueden objetivar la experiencia histórica. Mientras que su continuación tematizada por medios conceptuales busca la objetivación de los contenidos empíricos de los modelos y su operación en el sentido de ejemplos estándar. En suma, el proceso metafórico que tiene lugar en la lógica de investigación me ha permitido abordar un ejercicio de autodescripción de la disciplina, y ello porque no es un elemento extraño a su operación científica, sino que incluso resulta crucial para entender cómo, por medio de un vocabulario básico que expresa contenidos temporales, se permite la operación empírica de la historia, siempre y cuando se entienda por empírico lo que se deduce de los modelos y de los paradigmas.

Es necesario introducir en este punto dos consideraciones importantes. La obra de Blumenberg aporta una gran riqueza para repensar no sólo el lugar del saber histórico moderno, sino el marco general de la experiencia histórica que posibilita los ejercicios de comprensión. Su versión de la *Begriffsgeschichte* requiere un examen más minucioso que por supuesto no pudo entrar en la línea argumentativa de este trabajo. Pero su forma de trabajar históricamente los conceptos puede aportar una visión que amplíe la reflexividad en la labor historiográfica, ya no tanto en términos de una propedéutica de la investigación sino de la naturaleza misma de ésta. El trabajo de los historiadores necesita de la labor de aclaración histórica de los conceptos con los cuales trabaja, tanto los que encuentra en sus fuentes como aquellos de los cuales se sirve para articular formas de comprensión. Buena parte de los aspectos teóricos que circulan en la investigación histórica resultarían enriquecidos por ello.

Por otro lado, con Blumenberg puede afirmarse que los estatutos teóricos del saber histórico no necesitan ya de una suerte de teoría de la historia que, desagregada de la investigación, formule sus contenidos más cruciales de manera apriorística. Ni siquiera en términos de una sustitución, la *metaforología* en lugar de la teoría de la historia, por ejemplo; la metaforología ni siquiera es una teoría general de la metáfora. Blumenberg no aspiró a tal cosa. No buscó resolver los aspectos múltiples de ese fenómeno en un conjunto unitario y coherente que desvelara aquello que oculta el trabajo del sentido. Antes bien, es la lógica de una investigación histórica la que permite entender de qué manera los conceptos centrales de la filosofía guardan relación con episodios temporales precisos. De esto también podemos aprender los historiadores y puede ser expresado de la siguiente manera: más que teorizar en sentido abstracto la labor del historiador, el problema teó-

rico consiste en cómo lograr historizar al saber histórico moderno.<sup>9</sup> Y este trabajo ha tratado de retomar este impulso que, en Blumenberg, se desarrolla como crítica histórica.

Regreso ahora a la línea de exposición. En cuanto al plano de las representaciones, la interpretación del retorno de la metáfora que ve a éste como descientifización considera que el efecto que produce es el de un rebajamiento literario del discurso historiográfico. El principio epistemológico que gobernó la discusión algo más de un siglo estableció que toda escritura científica sólo puede ser objetiva si, y sólo si, se verifican empíricamente los enunciados de los que está compuesta. Ejemplo de ello es la teoría lógica del significado de corte neoempirista. En pocas palabras, la validación consistía en contrastar los enunciados con el referente material. Ahora bien, desde el giro lingüístico se sabe que ni siquiera en las ciencias naturales tiene cabida un proceso de validación como éste. Pero este principio permitió sostener la oposición entre ciencia y literatura, entre denotación y connotación. Si la historia puede ser considerada ciencia, entonces sus representaciones deben acercarse a un modelo de validación como el descrito arriba.

En caso contrario, si no hay validación empírica de enunciados bajo cualquier modalidad estándar reconocida, sólo puede aspirar a un estatuto literario. Lo que he intentado sostener es que cuando se aplica un ejercicio de autodescripción a la escritura de la historia el panorama se presenta muy diferente del que se deduce del principio epistémico: ella combina de manera compleja sistemas conceptuales y narrativa como figura literaria. Y es en esta estructura desdoblada donde el proceso metafórico muestra sus rasgos. Él permite llevar los sistemas conceptuales hacia su expansión narrativa. El efecto de traslado que acarrea es el que posibilita la combinación de elementos heteróclitos; sin embargo, en este proceso los sistemas conceptuales resultan afectados. Ello quiere decir que en su expansión narrativa se

<sup>9</sup> “No nos debiéramos sentir aquí, tan a la ligera, superiores. No piensa, en absoluto, de otro modo —únicamente lo dice de forma distinta— no sólo quien habla del progreso, sino también quien, ante el antihistoricismo, ve la última tabla de salvación en la instrumentalización de toda la ‘plenitud del pasado para la iluminación del presente’. Lo que nos queda por aprender de Cassirer va ubicado, justamente, en aquello que no le salió bien, pero que se revela como el impulso apremiante que acompaña al trabajo de toda su vida y lo rebasa: el empeño de no poner a la historia de la filosofía, de las ciencias o de los sistemas de las formas simbólicas al servicio de la autoconfirmación de ningún presente, no someterla al criterio del éxito —ni tampoco al criterio de lo que es relevante para la formación de la conciencia—.” Hans Blumenberg, “Rememorando a Ernest Cassirer”, *Las realidades en que vivimos*, op. cit., p. 169-170.

presenta una pérdida de referencialidad primaria de los enunciados fácticos; aquí se localizaba el peligro de contaminación literaria del discurso científico.

Pero esta pérdida de referencialidad no sólo no impide la validación disciplinaria del marco narrativo, sino que la posibilita. En otras palabras, el proceso metafórico resulta crucial para el funcionamiento de la base disciplinaria al nivel discursivo. Esta afirmación se sostiene desde una perspectiva semántica de la metáfora como la que aporta Paul Ricoeur. De ella he destacado tres puntos: primero, la metáfora afecta al plano discursivo en su conjunto más allá de su función en la esfera del enunciado aislado; segundo, esta afectación introduce un proceso sintético desde la tensión entre sentido literal y sentido figurado; y tercero, produce innovación semántica, lo que resuelve la tensión interpretativa entre sentidos opuestos, liberando con ello una referencialidad de segundo grado. Estos tres puntos han permitido delimitar cómo la conjunción entre marco narrativo y proceso metafórico termina aportando una coherencia global que no se deduce de los enunciados fácticos.

Tal coherencia, que sin duda es producto de la utilización de recursos literarios, se concreta en términos disciplinarios como perspectiva, esto es, como una nueva manera de ver el pasado.<sup>10</sup> La validación disciplinaria del discurso encuentra en la perspectiva que ordena al relato su máxima expresión. Entendido como ejercicio historiográfico, los criterios que valoran la perspectiva, diferentes de los que intervienen en la validación de los modelos, superan los condicionantes factuales, formales y metódicos, aunque no los desaloja totalmente de sus atribuciones. Pero es en el plano de la perspectiva histórica que proponen los historiadores, esto es, en la innovación semántica, donde aparece la referencialidad de segundo grado liberada por el proceso metafórico y que está en la base de la perspectiva. Esta referencialidad, desde luego, no está en función de los enunciados constataivos que se incluyen en la narración histórica, sino en el efecto global del discurso que se mide en el ámbito de la matriz disciplinaria. El proceso de validación de la perspectiva se entiende como discusión historiográfica, por tanto consiste en un trabajo de contrastación con otras perspectivas que pertenecen a un mismo paradigma.

La historiografía opera aquí más claramente como observación de segundo orden y, por tanto, se interesa en deliberar sobre las distin-

<sup>10</sup> Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, traducción de Graciela Monges Nicolau, México, Siglo XXI, 1995, 112 p., p. 66.

ciones que presenta la interpretación como observación de primer orden. La referencialidad, entonces, está en función de las creencias compartidas por el grupo al nivel de los paradigmas, y no tanto en su objetividad. El objetivo que persigue es el de permitir la reproducción paradigmática por medio del efecto de recursividad que genera: aliena y amplía la comunicación dentro del grupo. De tal forma que la validación del discurso y del proceso metafórico que se presenta en el marco narrativo tiene un efecto autorreferencial parecido al que se presenta en la lógica de la investigación, situación que es conocida en la actualidad como *cierre cognitivo*. Esta circularidad que pone en comunicación instancias divergentes, tanto en la lógica de la investigación como en el discurso historiográfico, es la que me ha permitido salir de la distinción metáfora/ciencia y de la interpretación del retorno de la primera como anulación total de la segunda. Se puede expresar esto de la siguiente manera: alcanzando la disciplina histórica previamente su cierre operativo, esto es, la delimitación operativa en términos sistémicos (sistema observador), las observaciones historiográficas pueden ser tematizadas históricamente cuando el cierre cognitivo permite describir su autorreferencia (observaciones de segundo orden). En términos generales, la interpretación que he desarrollado de ese retorno a la esfera de lo pensable es la que ha permitido distinguir el efecto autorreferencial entendido como la carga de historicidad que posibilita al conocimiento histórico. Pero éste es, en suma, el límite mismo de la ciencia histórica.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Límite que se muestra más agudamente cuando cambian los modos de la historicidad, es decir, cuando se transforma el régimen de historicidad desde el cual emergió la ciencia moderna de la historia. Estamos, precisamente, frente a un proceso tal, y ésta es la interpretación de Gumbrecht entre otros autores. Cfr. Hans Ulrich Gumbrecht, "Sobre la desintegración de la 'Historia' y la vida del pasado", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 11, n. 23, 2003, p. 55-71, p. 62 y s.